

de los peripatéticos, ni porque en esa intuición vaya envuelto el conocimiento de las causas, que en buena doctrina escéptica son totalmente inasequibles, como nuestro autor inculca en repetidos lugares, así respecto de la causa final como de la eficiente; no porque lo relativo pueda conocerse bajo la categoría de lo absoluto, que es incomprensible é ininteligible en sí (lo *incondicionado* de Hamilton, lo *incognoscible* de Herbert Spencer), ni porque tengan valor alguno los socorridos conceptos de materia y forma, ni porque sea lícito decir con Aristóteles que existe una ciencia indemostrable de los primeros principios, porque la ciencia, dado que exista, tiene que ser una y no múltiple, como uno es el entendimiento y uno el acto de la intuición (1). La ciencia no puede ser otra cosa que «el conocimiento perfecto de la cosa» (*scientia est rei perfecta cognitio*). Y ¿qué es el conocimiento? Sánchez confiesa que no se atreve á definirlo. Llamarle *comprehensión*, *percepción*, *intelección*, no es más que acumular sinónimos. No hay más remedio que encerrarse cada cual dentro de sí mismo y *pensar*. El pensamiento testimonia de sí propio, aun ante los

(1) *Deinde, quid scientia aliud est quam intellectus rei? tunc enim scire aliquid dicimus cum id intelligimus. Sed nec verum est duplicem esse scientiam: una enim et simplex esset, si quæ esset, sicut et una visio.*

más declarados escépticos (1). Y aquí surge una nueva fuente de discusión. Yo respondo de mi propio conocimiento; tú del tuyo. ¿Quién fallará este pleito? ¿Quién podrá discernir cuál de estos conocimientos es el verdadero? Nadie. Y entonces se me dirá (prosigue Sánchez): «¿Por qué escribes? Escribo para decir lo único que sé: lo que yo pienso.»

Y lo que piensa es que en el problema del conocimiento hay que distinguir tres términos: la cosa que ha de ser conocida (*res scienda*), el ente que conoce (*ens cognoscens*), y el conocimiento mismo (*cognitio ipsa*). Las cosas susceptibles de ser conocidas serán quizás infinitas, no sólo en los individuos, sino en las especies. Por lo menos nadie puede afirmar que su número sea limitado. Y no paran aquí las antinomias: ni tenemos derecho á decir que la materia sea una, ni tampoco que sea múltiple. Nadie puede demostrar que los espíritus no tengan su materia propia, aunque los llamamos simples (2). Es la misma duda de Locke, que llevaba en germen todo el materialismo del siglo pasado.

(1) *Quod inferent? Extremum remedium: tu tibi ipse cogita. Cogitasti, menteque forsan cognitionem apprehendisti: sed nil minus. Ego etiam mihi, comprehendisse videor* (página 41).

(2) *Quin et an non spiritibus propria est materia, quamvis simplices dicantur? Sane* (pág. 45).

Renunciando generosamente á la resolución de tan arduos problemas, Sánchez se limita á consignar que los objetos de la ciencia, aunque sean múltiples, están enlazados entre sí por cierta ley de *conexión* ó de *asociación*, que hace que todas las ciencias se presten mutuos servicios y hagan continuas excursiones las unas en el dominio de las otras, no porque exista una ciencia superior que pueda dar leyes á las demás y resolver sus conflictos, sino porque todas parecen conspirar al mismo fin (*omnia tamen in unum conferunt*), y «es indecible el encadenamiento de todas ellas (*indecebilis omnium concatenatio*). Cabe, pues, cierta manera de síntesis científica, provisional á lo menos, que nuestro pensador no llegó á formular, reservándola sin duda para libros posteriores. Pero lo que en éste afirma es que semejante síntesis estará siempre muy lejos de la *una* y verdadera ciencia. Los que hoy llamamos conocimientos científicos no son más que rapsodias y fragmentos recogidos de pocas y malas observaciones (1). Para que todavía resulten más estériles, las supuestas ciencias se han subdividido hasta lo infinito, como si el

(1) *Eæ quæ habemus vanitales sunt, rapsodiæ, fragmenta observationum paucarum et male habitatum: reliqua imaginationes, inventa, fictiones, opiniones* (pág. 51).

conocimiento de una sola cosa no exigiese el de otras innumerables.

Y en vano se intenta suplir este conocimiento con la vacía invención de los universales. En el mundo todo es particular, y sólo se perciben individuos (1): los géneros y las especies no son más que una vana imaginación. Y en realidad, ¿qué podemos afirmar con carácter universal y con certeza? La ciencia que hoy llamamos perfecta, mañana resulta anticuada: ayer se decía que el Océano circundaba toda la tierra y que la tierra tenía tres partes; hoy se ha descubierto un nuevo mundo: ayer decíamos que la zona ecuatorial era inhabitable por el excesivo calor, y las tierras vecinas á los polos por el excesivo frío, y hoy la experiencia convence de lo contrario. Hay que construir otra ciencia, puesto que resulta falsa la primera «¿Cómo te atreves á hablar de proposiciones eternas, incorruptibles, infalibles, tú, miserable gusano, que ni siquiera sabes quién eres, ni de dónde vienes, ni á dónde vas?» (2).

(1) *De individuis autem fateris nullam esse scientiam, quia infinita sunt. At species nil sunt, aut saltem imaginatio quædam: solâ individua sunt, sola hæc percipiuntur: de his solum habenda scientia est, ex his captanda: sin minus, ostendi mihi in natura illa tua universaliã..... Nil universale video: omnia particularia* (pág. 53).

(2) *Dicebas heri perfecta scientia tua, imo et a plurimus sæculis, totam terram Oceano circumstui, eamque in tres*

Por otra parte, nos está vedado el acceso directo de la mayor parte de las cosas lejanas de nosotros, ya por razón del espacio, ya por razón del tiempo. De aquí tanta variedad de opiniones, tanta penuria de ciencia.

No se le ocultaron á Francisco Sánchez algunas de las antinomias kantianas: v. gr., la de la eternidad ó creación del mundo. Terminantemente afirma que por racional discurso no puede probarse ni que el mundo sea eterno, ni que haya tenido principio y haya de tener fin. Declarada de este modo la impotencia de la razón para resolver tal conflicto, se refugia en el testimonio de la fe, y á nuestro juicio sinceramente, porque nada hallamos en sus escritos ni en su vida que nos muestre en él lo que hoy llamaríamos un librepensador en materia religiosa. Sería de origen judío ó cris-

dividebas partes universales, Africam, Europam, Asiam. Num quid dices? novus est inventus mundus, novæ res, in nova Hispania, aut Indiis Occidentalibus Orientalibusque. Dicebas etiam Meridionalem et sub Æquatore positam plagam inhabitabilem æstu esse, sub Polis vero et extremis zonis propter frigus. Iam utrumque falsum esse ostendit experientia. Strue aliam scientiam, falsa enim iam prima est. Quomodo ergo æternas, incorruptibiles, infallibiles, quæ aliter haberi non possint, propositiones tuas asseris, miserime vermis, qui vix quid sis, unde sis, quo eis, ac ne vis quidem scias? (pág. 62).

tiano (1), pero que tenía una creencia positiva no es dudoso para nosotros. Su biógrafo nos dice expresamente que jamás el pirronismo de Sánchez ni sus cavilaciones escépticas tocaron á las cosas divinas, así como tampoco dudó nunca del testimonio de los sentidos (2). La Inquisición dejó pasar sin tacha ni censura todos sus escritos. Por otra parte, nada le obligaba á disimular, y escribiendo como escribía en un país de relativa tolerancia religiosa, después de Rabelais y poco antes de Montaigne, fácil le hubiera sido manifestar, ó insinuar á lo menos, su indiferencia religiosa, si realmente la hubiera profesado. Cuando tales audacias se toleraban en escritores que hacían uso constante de la lengua vulgar y escribían para todo el mundo, ¿no hubiera podido él, con un poco de artificio de estilo, hacerlas pasar iguales ó mayores en un libro escrito en latín y sólo para los hombres de ciencia? Si no las puso, fué porque realmente no las pensaba ni las sentía. No hay que leer entre líneas, ni

(1) El origen judío de Francisco Sánchez no descansa en más testimonio que el de la *Patiniana* y el del *Diccionario* de Bayle. Dista mucho, por consiguiente, de ser cosa averiguada, y Sánchez en sus escritos habla siempre como cristiano.

(2) *Non eo tamen Pyrroniorum more se dubitandi vel potius cavillandi æstu abreptum Sanchez credendum est, præsertim in rebus divinis et sensuum fide.*

buscar en el *Quod nihil scitur* más que lo que el autor quiso darnos. La intrepidez filosófica de Sánchez era tal, que si realmente hubiese sido heterodoxo, no habría retrocedido ante la hoguera de Miguel Servet y de Giordano Bruno. No llegaremos hasta suponer con Hamilton que ninguna relación existe entre el escepticismo religioso y el escepticismo filosófico; pero la verdad es que en la historia aparecen muchas veces totalmente separados, y no por mera precaución oratoria ó social, sino por feliz inconsecuencia de sus autores, ó bien porque se trata, como casi siempre acontece, de tendencias escépticas relativas y parciales, ya que el escepticismo absoluto es casi una ficción y un fantasma creado por las necesidades de la polémica. Se puede creer firmemente en Dios y en el alma inmortal, y en una revelación positiva, como Sánchez creía, y condenar como él toda innovación religiosa (*Time cultum mutare deorum*), y no creer al mismo tiempo ni en la Metafísica, ni en el poder de la demostración, ni en la existencia de los universales. Habrá en esto una falta de lógica como pretenden los dogmáticos, pero la fe cristiana, que es virtud sobrenatural, bien puede ir unida á una mala Metafísica, ó no ir acompañada de ninguna, y acaso esa misma ausencia de lógica honrará más la sinceridad y aun el talento de un pensador, que lo haría el seguir

en línea recta un procedimiento rígido, formal é impuesto por la tradición de una escuela. Sánchez nos dijo terminantemente que á sus ojos era crimen sin excusa la contumacia contra la fe, y á tal declaración hemos de atenernos, sin que haya por qué dudar de su espíritu religioso, cuando nadie duda del de Pascal ni del de Huet, que á su modo eran casi tan escépticos como él, ni se puede dudar tampoco que, aparte de sus errores de secta, era acendradamente cristiana el alma de Hamilton, á pesar de que negaba, lo mismo que Sánchez, toda intuición ó conocimiento de lo Absoluto adquirido por racional discurso, y relegaba la idea de Dios á la esfera de la creencia inmediata y espontánea. Es la misma tesis de nuestro autor, y sólo en apariencia la misma que con un sentido muy diverso sostienen hoy ciertos positivistas. «No puede haber comprensión mental de Dios (escribe Francisco Sánchez), puesto que para haberla sería menester cierta proporción del que comprende á lo comprendido, y es evidente que no existe proporción alguna de lo finito á lo infinito ni de lo corruptible á lo eterno» (1).

(1) *Deus, cujus nulla mensura, nulla finitio, nec subinde à mente comprehensio aliqua esse potest. Nec immerito: comprehendentis enim ad comprehensum proportio certa esse debet..... nobis autem cum Deo nulla proportio, quemadmodum nec finito cum infinito, nec corruptibili cum aeterno* (pág. 7).

Esta falta de *comprehensión* ó adecuación de nuestro entendimiento á la cosa comprendida, sirve á Francisco Sánchez para negar no sólo el conocimiento de lo infinitamente grande, sino también el conocimiento de lo infinitamente pequeño. Privado todavía de los poderosos medios que luego ha puesto en manos del hombre la ciencia experimental, y extraño, según parece, á las operaciones químicas, apenas entrevé confusamente los misterios de la generación y de la corrupción, si bien manifiesta ciertas tendencias transformistas (1), siguiendo á Cardano y otros naturalistas del Renacimiento, y copiando sus singulares narraciones de metamorfosis, no ya sólo de una á otra especie animal, sino de plantas á animales. Pero lo que principalmente le llama la atención es la infinita mutabilidad, el flujo perpetuo de los accidentes, en cuyo rápido curso casi se anega el principio de identidad. La identidad es tan indivisible, que con un solo punto que señaada ó se quite á alguna cosa, ya no es exactamente la misma: y como los accidentes que pertenecen á la razón individual varían sin cesar, es

(1) Pág. 67. Creo curioso, entre los ejemplos que trae, el siguiente: *Addit et Regi Francisco allatam concham, cui intus avicula jere perfecta erat, quæ alarum fastigiis, rostro, pedibus, hærebat extremis oris ostraci.* Acepta, por de contado, las generaciones espontáneas (pág. 7).

necesario que con ellos varíe también el individuo (1).

Y por otra parte, ¿quién sabe lo que son accidentes ni lo que es sustancia ó cosa *per se*? «Nuestra filosofía es un laberinto de Creta, donde es imposible escapar del terrible Minotauro.» Sánchez lo dice con amarga é íntima tristeza, dándonos una prueba muy fuerte de la sinceridad de su escepticismo: «¡Este es el fin de nuestros estudios, este el premio de tantas y tan vanas fatigas, vigiliias perpetuas, trabajos, cuidados, soledad, privación de todo género de deleites, vida semejante á la muerte, viviendo con los muertos, hablando y pensando con ellos, absteniéndonos del trato de los vivos, abandonando la solicitud de los negocios propios, ejercitando el espíritu y matando el cuerpo, de donde vienen al sabio innumerables enfermedades, muchas veces el delirio, y en breve tiempo la muerte! ¿Para qué nos consumimos en esta lucha impotente con una hidra más invencible que la de Lerna? Si logramos cortar una de sus cabezas, siempre renacen otras ciento, cada vez más feroces» (2).

(1) *Tanta quippe est identitatis indivisibilitas, ut si punctum solum vel addas vel detraxeris à re quapiam, iam non omnino eadem sit: accidentia vero de individui ratione sunt, quæ cum perpetuo varientur, subinde et individuum variari contingit* (pág. 68).

(2) Pág. 75.

No es frecuente en Sánchez este tono desengañado y pesimista. En general el entusiasmo por las ciencias físicas, por la filosofía natural, sostiene y alienta á este negador implacable de todo otro saber humano. Es más: el fanatismo naturalista llega á convertirle en verdadero poeta, y le inspira versos dignos de Lucrecio, en un poemita que compuso en 1577 para protestar contra el supersticioso influjo atribuído á los cometas, y excitar los ánimos al estudio de las verdaderas causas de los fenómenos celestiales (1). Allí, en grandiosa visión nos muestra á la Naturaleza, sacando la paz de la guerra y la vida de la muerte, alentando la lucha por la existencia, apacentándose con la sangre de los moribundos, inmortal, serena, perpetuamente desposada con el fecundo y eterno movimiento:

*Sed fovet æternas inter contraria rixas,
Opponitque aliis alia, et sic suscitât ignes:
Nam pacem ex bello, vitamque ex funere ducit,
Æternumque manet morientum sanguine pasta,
Motui et æterno conviviit fœdere nuptia.*

(1) *Carmen de Cometa, anni 1577.*

Nótense estos versos:

*Sat facilis visus, facilisque adscensus Olympi:
Noctes atque dies patet alti janua Phebi,
Sed penetrare gradus cœli, cognoscere vires
Astrorum, Phœbique patris conscendere currunt,
Nec pater omnipotens patitur, discrimine magno
Nec vacat.....*

Pero esta especie de embriaguez de poesía naturalista le abandona pronto, y el incurable escéptico reaparece, cuando después de habernos mostrado lo vano é impotente del conocimiento por razón de su materia (*res cognita*), emprende mostrarnos la incapacidad de nuestras facultades cognoscitivas (*Ens cognoscens*) para alcanzar algo que no sea fenomenal, variable y limitado. Todo conocimiento viene de los sentidos, pero los sentidos no conocen las cosas exteriores, aunque nos pongan en contacto con ellas. Si los sentidos nos engañan, nuestro entendimiento nos engañará también, puesto que no tiene más dato que el de los sentidos, ni ve las cosas mismas, sino sus imágenes, simulacros ó representaciones (1). Nuestra noción de las cosas exteriores parece aquel convite de la fábula dado por la zorra á la cigüeña en redoma de boca estrechísima. Juzgamos de las cosas por sus simulacros; esto es, por meras representaciones de accidentes, que no tocan á la esencia, ni nos dan razón alguna de ella (2). En esta parte Sánchez se declara expresamente secuz

(1) *Imagines rerum tantum respicit quas oculus admisit: hac hinc inde spectat, versat, inquirendo, quid hoc a quo tale? Cur? Et hoc tantum. Nec videt aliquid certi* (página 76).

(2) *Solum accidentium quæ ad rei essentiam, ut dicunt, nihil conferunt* (pág. 77).

de Luis Vives, y le defiende contra Escalígero, que había tachado de absurdo su criticismo prekantiano. «Si esta opinión es absurda (dice), yo quiero ser tenido por hombre absurdísimo, puesto que Vives se contentó con decir que el conocimiento psicológico estaba lleno de obscuridad, y yo añado que no sólo es obscuro, sino caliginoso, escabroso, inaccesible, y con tales dificultades y contradicciones, que no han sido, ni serán, superadas por nadie.» Decimos que el conocimiento es la aprehensión de la cosa, y todavía no sabemos lo que es la aprehensión ni la percepción ni la intuición. A lo sumo podemos distinguirla de la recepción. Nuestros sentidos *reciben*, pero no conocen. Podemos distinguir también el conocimiento propio directo ó intuitivo, del conocimiento renovado por la memoria. Tres son las cosas que de diverso modo conoce la mente: 1.º, los objetos externos; 2.º, sus propias operaciones internas; 3.º, algo que á un tiempo puede ser considerado como externo y como interno (1). El conocimiento de los objetos exteriores es mediato, por los sentidos, pero el conocimiento de las operaciones internas es inmediato y *per se*, y el cono-

(1) *Tria tamen sunt quæ a mente diversimode cognoscuntur. Alia omnino externa sunt, absque omni mentis actione. Alia omnino interna, quorum quædam sine mentis opera sunt. Alia non omnino sine hac* (pág. 81).

cimiento de la tercera especie participa de lo mediato y de lo inmediato (1). Este conocimiento es el que algunos lógicos semipositivistas, especialmente Taine, admiten con el nombre de conocimiento de *abstracción*, aunque los positivistas más puros, como Stuart Mill, no reconocen semejante facultad *abstractiva*, cuyo oficio es despojar de sus accidentes á la intuición sensible y elevarla á cierta generalidad que ya traspasa los límites del puro empirismo. *Naturam quandam sibi fingit communem, ut potest*, dice Francisco Sánchez (2). Pero ¡qué poder de abstracción tan relativo y limitado, que apenas procede más que por negaciones y exclusiones, comparaciones y divisiones! Aun así no quiere concederla nuestro filósofo el nombre de verdadero conocimiento, sino de pura *opinión*, mucho más incierta que el testimonio interno, mucho más incierta que el testimonio de los sentidos, cuyas ilusiones y falacias ana-

(1) *Quæ autem ab intellectu ipso omnino fiunt, quorumque ille pater est, et quæ intus in nobis sunt, non per alias species, sed per seipsa se produnt et ostendunt intellectus* (página 82).

(2) *Sunt denique plurima quæ partim per sensus ad eum deveniunt: partim ab eo fiunt. Canis, magnetis natura nullo modo sensu capi potest. Vestita ergo colore, magnitudine, figura, per sensus ad animum defertur. Hic eam illis spoliatur accidentibus..... Denique naturam quandam sibi fingit communem, ut potest* (pág. 82).

liza largamente Sánchez con argumentos y observaciones en que no nos detendremos, por ser sustancialmente las mismas que habían presentado Sexto Empírico y los antiguos escépticos. Hay que advertir, sin embargo, que Sánchez remoja toda esta antigua materia filosófica, adaptándola al progreso científico de su tiempo, y enriqueciéndola con los resultados de su propia observación anatómica y fisiológica.

En suma, «el entendimiento humano es una potencia pasiva, á la cual se opone otra pasiva impotencia» (1). La imperfección de los instrumentos contradice á la perfección de la obra. Aquí expone nuestro médico interesantes consideraciones sobre el influjo de lo físico en lo moral, encontrándose en muchas observaciones con Huarte, como era natural, dada su común tendencia antropológica. Sánchez no admite que el entender sea función exclusiva del alma, sino del hombre todo, en su unidad de cuerpo y de espíritu, indisoluble en cualquiera de sus actos (2).

(1) *Est hæc passiva potentia tantum, cui opponitur passiva alia impotentia* (pág. 97).

(2) *Quid? dices: a corpore non pendet intellectio, sed solummodo ab animo perficitur. Hoc falsum est, ut alibi probabimus. Vanum est dicere, animum intelligere ut et audire. Homo utrumque agit: utrobique corpore et animo utens, et quodcumque aliud cum utroque simul exequens* (pág. 105).

Pero sobre estos rasgos, dignos de ser considerados por su valor propio en disertación ajena de nuestro asunto, y sobre la bellísima peroración final, en que el autor ofrece como la quinta esencia de toda la parte negativa y demoledora del criticismo del Renacimiento, y da nueva vida en su estilo nervioso, impaciente y pintoresco (verdadero estilo de insurrecto literario y de periodista de oposición filosófica) á lo que en tono más reposado, y haciendo salvedades que él no hace, habían escrito Luis Vives y sus discípulos, ya contra los viciosos métodos de enseñanza y el abuso del argumento de autoridad, y el ciego y desacordado empeño de buscar la ciencia solamente en libros, cerrando los ojos al maravilloso espectáculo de la naturaleza (1); ya contra la torpe ambición que convierte la ciencia en miserable granjería, en vez de amarla, con indomable amor, por sí misma, por su propia

(1) *Qui naturam investigare dicuntur nil minus quam id agunt, dum quid hic illeve voluerit, non quid hoc illudve in natura sit, digladiantur: totamque in his absumunt vitam, sinites cani qui visam umbram in aqua carnis quam ore ferebat, hac dimisa, sectatur irrito inanique conatu: tauroque qui hominem sectans (¡qué comparación tan propia de un filósofo español!) invento hujus pallio, inmemorque: sic illi naturam quærentes, ad homines se convertunt, illam omnino reliquentes..... Qui autem naturam ipsam in se scrutentur, vix ullus; aut saltem admodum pauci* (pág. 112).

virtud y excelencia, y por los inefables deleites que proporciona (1); ya contra el vano rumor de la disputa, que se va haciendo más encarnizado y ruidoso cuanto más se alejan los contendientes de la directa inspección del objeto en litigio; ya finalmente, sobre la confusión que en el ánimo del alumno induce el choque de encontradas opiniones; sobre todas estas cosas, digo, pondremos siempre, como expresión total del pensamiento de Sánchez, aquellas palabras, casi las últimas, en que asigna por únicos criterios á la ciencia futura, el experimento y la crítica ó el juicio que ha de fecundar las conclusiones experimentales. «En vano

(1) *Omnes aut ad laudem aut ad dignitates aut divitias, vix unus scientiam amplectitur propter seipsam, sicque tantum quisque laborat solum quantum sufficiat ad acquirendum finem non scientiæ, sed ambitionis suæ.... Studenti nullus finis esse debet alius quam scire* (pág. 109).

Sobre las ventajas del método es curioso el siguiente pasaje: *Nihil enim tantum in docendo momentum habet quantum methodus quæ subinde tam varia hominibus est* (pág. 114). Pero este método no es el silogístico, contra el cual Sánchez acentúa más y más sus diatribas, hasta decir que, semejante al arte de Circe, convierte á sus secuaces en asnos: *Iam altera Circe Dialectica est: in asinos eos convertit.... Mihique fere eidem accidisset nisi Vlyssis carminibus adutus, incantantes vitassem.... dominas Circeas syllogismorum figuras.... Atque oh! utinam Mercurius ego essem nostris, ut relicta infirma incantatrice Dialectica, ad naturam se converterent: fierent forsitan multi orbis domini* (pág. 121).

(dice Sánchez) se trabaja por reparar el ruinoso edificio de la demostración silogística; su materia es frágil y además está mal construido; cada día hay que añadirle nuevos puntales para impedir su completa ruina. El que quiera saber algo no tiene más camino que contemplar las cosas en sí mismas; pero como esta contemplación directa no es posible, dados los límites en que se mueve el conocimiento humano, hay dos medios subsidiarios que no suministran ciencia perfecta, pero que, en suma, algo perciben y algo enseñan; el experimento y el juicio, pero no separados nunca, sino en íntimo enlace y unión, como mostraré en otro libro. Los experimentos son muchas veces falaces y siempre difíciles, y hasta cuando llegan á la perfección, nunca nos muestran más que los accidentes extrínsecos, jamás la naturaleza de la cosa. El juicio recae sobre los resultados del experimento, y por consiguiente no traspasa el límite de lo exterior, y aun esto lo discierne de una manera incompleta, sin que sobre las causas pueda pasar de una probable conjetura. Se dirá que nada de esto es ciencia. Pues no hay otra» (1).

(1) *Duo sunt inveniendæ veritatis mediâ miseris humanis: quandoquidem res per se sciri non possunt, quas si intelligere, ut deberent, possent, nullo alio indigerent medio: sed cum hoc nequeant, adjuncta ignorantia suæ adinvenere: quibus propterea nil magis scient, perfecte saltem,*

La filosofía de Sánchez es, mucho más que la de Luis Vives, un verdadero *ars nesciendi*. Niega demasiado para ser un verdadero escéptico; hoy más bien le llamaríamos *agnóstico*. Su libro termina, sin embargo, con una interrogación, con un *quid?* análogo al *Quoeris-je?* de Montaigne. Esta analogía y otras muy fortuitas, como la de llevar el *Quod nihil scitur* la fecha de 1576, y ser la primera edición de los *Ensayos* de 1580, habiéndose escrito además una y otra obra en países no muy distantes, ha hecho suponer entre el pensamiento de ambos autores cierta analogía que, á nuestro entender, no existe. El escepticismo mitigado de Montaigne, aquella manera de filosofar tan personal suya, ejercicio fácil y suave de una curiosidad siempre activa; aquella tan simpática y continua observación de sí propio, es una manera de sibaritismo intelectual, más que de filósofo, de hombre de mundo, que gusta de dormir sosegadamente sobre la al-

sed aliquod precipiunt, discutiuntque. Ea vero sunt experimentum iudiciumque. Eorum neutrum sine alio stare recte potest..... Experimentum fallax ubique, difficileque est, quod etsi perfecte habeatur, solum quid extrinsece fiat, ostendit: naturas autem rerum nullo modo. Iudicium autem super ea quæ experimento comperta sunt, fit: quod proinde et de externis solum utcumque fieri potest, et id adhuc male; naturas autem rerum ex conjectura tantum..... Unde ergo scientia? Ex his nulla. At non sunt alia (pág. 125).

mohada de la duda; por el contrario, el escepticismo de Sánchez, dado que así queramos llamarle, es una doctrina esencialmente batalladora, que aparentando suspender el juicio, trae realmente juicio definitivo y formado sobre los más capitales problemas filosóficos. Montaigne es un aficionado, que filosofa á sus anchas, en lengua vulgar, y sin cuidarse del método, antes bien, haciendo gala de traducir fielmente en su estilo todos los caprichosos giros de su humor libre y errabundo. Sánchez es un profesor, preocupado de una doctrina, secuaz fanático de un método que tiene por exclusivo. Los dos son extraordinariamente sinceros, pero en Montaigne, el candor parece un refinamiento literario; en Sánchez es la expresión brusca, intemperante y feroz de una convicción arraigada, de un amor sin límites á las realidades concretas, experimentadas por él con el cuchillo anatómico de Vesalio y de Valverde. No son chispazos de escepticismo ni discreteos de moralista los que nos da, sino un sistema *agnóstico* completo, una crítica clarísima é implacable de nuestra facultad de conocer, una determinación de su límite y de su objeto. Puede tener, y tiene, en efecto, contradicciones de detalle de que ningún escéptico se libra y que son la parte endeble y mal guarnecida por donde la tesis dogmática penetrará siempre en su campo; pero el sistema

en sus líneas generales es claro, sencillo y consecuente.

El programa de Sánchez, tan mal entendido hasta ahora, se reduce á dos palabras: «guerra al silogismo; paso á la inducción». Es un degüello de todas las entidades metafísicas, un 93 de la ciencia antigua, como decía Enrique Heine hablando de la *Crítica de la Razón Pura*. El escepticismo de Sánchez no es ni alarde de retórico, ni consecuencia de un *diletantismo* enervado por la variedad y copia de lecturas filosóficas, ni explosión de un ánimo misantrópico y desengañado; no es tampoco un estado provisional ni una ficción dialéctica, como lo es la duda cartesiana, de la cual parte Sánchez, pero en la cual no se detiene: es pura y sencillamente la expresión meditada de aquel aforismo capital entre los positivistas: la *relatividad* del conocimiento. No sabemos nada, porque creemos saberlo todo: renunciemos á la riqueza ficticia que nos proporciona el crédito metafísico, y empecemos á vivir de los productos modestos, pero seguros, de nuestra propia hacienda, hasta ahora tan descuidada.

No necesito deciros, señores académicos, que esta filosofía dista, y no poco, de la que yo profeso, porque yo no soy positivista ni enemigo de la Metafísica; pero basta para el caso que fuera la de Francisco Sánchez, y en el fondo

á nadie ha de pesarle que tales voces salieran de nuestra patria, precisamente cuando debían salir, es decir, en el momento solemne de la renovación de los métodos experimentales. No es preciso identificarse con las ideas de un filósofo para comprender su genio ni la razón de su influjo. Los paralogismos de que la argumentación de Sánchez abunda son hoy inofensivos: una síntesis científica superior nos ha enseñado que la demostración es un procedimiento científico tan legítimo como la inducción, tan natural al espíritu humano como ella, y que es una insensatez querer mutilar nuestra inteligencia, así como es una pretensión temeraria aspirar al conocimiento de un objeto cuando éste no es comprendido bajo razón de integridad. La ciencia hoy, hasta sin darse cuenta de ello, aspira á este conocimiento íntegro y cabal, así por razón del objeto como por razón de la inteligencia concedora, y forzosamente ha de parecernos incompleta lo mismo una lógica puramente deductiva, como vino á serlo en manos de sus discípulos de decadencia la lógica de Aristóteles, que una lógica puramente inductiva, de las que en lengua inglesa abundan tanto. Ambos procedimientos del espíritu, excelentes cuando recta y adecuadamente se aplican á sus respectivos objetos, resultan estrechos y peligrosos en cuanto pretenden ser únicos y emanciparse de aquella

primitiva intuición sintética dentro de la cual se razonan. Pero es condición casi ineludible de la mente humana el proceder por exageraciones contrarias; y á los espíritus violentos, á los amotinados filosóficos como Sánchez, no hay que pedirles cuenta de la doctrina tanto como del impulso, que en su tiempo fué generoso y acompañó dignamente aquel heroico despertar de la ciencia física desde Telesio y Cesalpino hasta Galileo, y desde Galileo hasta Newton. Sin un poco de fanatismo no se hacen milagros en filosofía ni en otra ninguna ciencia humana. Hay que representarse al médico bracarense ejerciendo la anatomía entre las sombras de la noche, ó teniendo que escribir seriamente tratados filosóficos para combatir la creencia en la adivinación y en los presagios, ó en la virtud supersticiosa de los caracteres mágicos, de los espejos y de las rayas de la mano, y de los aspectos favorables ó maléficos de las constelaciones (1). ¿Cómo no había

(1) *De Divinatione* (pág. 70 de las *Opera Medica*): «*Superest non esse per somnium divinationem multoque minus per vigiliam, quidquid isti impostores characteribus suis, incantationibus, lineis, speculis, aliisque fatuitatibus et fallaciis et chiromantici manualibus lineis, et astrologi iudicarii domibus, aspectibus, generique contrarium et intendant et polliceantur. Quæ omnia si quis exacte perpendat examinetque, inveniet esse futilia erroneaque, et si quid juxta dicta contingat, id totum fortuitum esse et omnino inartificiosum.*»

de sentir tal hombre hambre y sed de ciencia positiva, y abominar de la ciencia oficial que silogísticamente autorizaba y defendía semejantes dislates? Hoy cuesta poco trabajo hacer justicia á la Escolástica ni á la Edad Media; estamos demasiado lejos, y todo eso nos parece una amenísima leyenda romántica; pero no nos apresuremos á condenar de ligero á aquellos hombres del siglo XVI para quienes tal ciencia no era un recuerdo poético, sino una tiranía actual que durísimamente pesaba sobre sus cuellos.

El tercero de los pensadores españoles del

Para el *Quod nihil scitur* me he valido constantemente de la edición de Francfort, 1618:

De multum nobili, et prima, universali scientia, quod nihil scitur.... Francofurti, sumptibus Jacobi Berneri, Anno M.DC.XVIII. (Va unido al libro de Mathurino Simón «*De litterarum pereuntium agone eiusque causis.*»)

No he visto la primera edición que cita Gerkraft en estos términos:

«*Franciscus Sanchez philosophus et medicus doctor. Quod nihil scitur. Lugduni apud Ant. Gryphium, 1581.*

Brucker (*Historia Critica Philosophiæ*, t. IV, parte 1.ª, página 542) dice que el libro de Sánchez fué reimpresso en 1665 con una pobre refutación de Daniel Hartnack titulada *Sanchez aliquid sciens, additæ sunt textui notæ refutatoriæ et præmissa est historia brevisculæ scepticismi veteris et recentis.*

Teófilo Braga trae un breve, pero atinado artículo sobre Sánchez, en sus *Questões de Literatura e Arte Portuguesa*, Lisboa, 1881, páginas 274 á 281.

siglo XVI, á quien vemos preocupado con la cuestión de la certeza, aunque más bien bajo el aspecto histórico que bajo el especulativo, es el insigne humanista extremeño Pedro de Valencia, sapientísimo varón, discípulo predilecto de Arias Montano, *criado á los pechos de su santa y universal doctrina*, como de él escribió Covarrubias. La mayor parte de los trabajos de Pedro de Valencia aun permanecen inéditos y dispersos en varias colecciones de manuscritos. Uno de los pocos libros suyos que han logrado los honores de la estampa, y sin duda el más importante de todos, es el tratado *De iudicio erga verum*, impreso en la oficina plantiniana de Amberes en 1596. No conozco ningún ensayo de monografía histórico-filosófica anterior á la gran compilación de Brucker, que pueda entrar ni en remota competencia con el ensayo de Pedro de Valencia, limitado, es verdad, á una escuela sola (la *Academia Nueva*), ó más bien á la posición de un solo problema, el del conocimiento, tal como en dicha escuela fué formulado. Pero ¡qué riqueza y qué sobriedad al mismo tiempo en los detalles de erudición! ¡Qué crítica tan firme y tan segura! ¡Qué hábil manejo del tecnicismo de la filosofía griega en sus monumentos más oscuros! ¡Qué estilo tan preciso y tan severo! ¡Qué manera de exponer tan enteramente moderna! Cuando leemos á Pedro

de Valencia, nos parece leer á Ritter, y aun á Zeller. Semejante manera de escribir la historia de la filosofía, con espíritu desinteresado y sereno, con verdadero espíritu crítico, con aquella intuición retrospectiva que ayuda á reconstruir el pensamiento ajeno sin mezclarle torpemente con el pensamiento propio, era novísima en el siglo XVI. No hay más que comparar la *Academia* de Pedro de Valencia con los trabajos, por otra parte tan meritorios, de Justo Lipsio sobre la física y la moral de los estoicos, y aun con los de Gassendo sobre Epicuro, para advertir la ventaja que nuestro crítico les lleva. Hoy mismo no es posible exponer mejor la disputa entre Zenón y Arce-silao, la sutil dialéctica del Pórtico, los argumentos escépticos ó probabilistas de Antioco, de Carneades, de Philon, ó la verdadera doctrina de Epicuro sobre el testimonio de los sentidos, vindicada con tanta habilidad de los reparos de Marco Tulio.

El modesto carácter de libro de erudición y de filología que quiso dar Pedro de Valencia al suyo (I), no impide que se transparente su

(I) *Nos autem nunc nec quæstionem ipsam examinamus, nec decretum interponimus nostrum, sed rem gestam narramus, grammatico operi, ut Galenus ait, id est, veterum dicitis repetendis et in medium adferendis operam impendentes nostram* (pág. 170 de la edición de Cerdá).

pensamiento propio, bastante inclinado á la tesis de Arcesilao y al *probabilismo* de la nueva Academia. Todas sus simpatías le llevaban hacia aquel modo de filosofar que en el Renacimiento había renovado Luis Vives. Su libro parece principalmente destinado á vindicar, dentro de ciertos límites, el escepticismo antiguo, dando interpretación racional á aquellas opiniones, á primera vista insólitas y paradójicas, que cayendo en manos de retóricos como Cicerón ó de compiladores como Laercio, Plutarco y Sexto, habían llegado á degenerar en manifestos absurdos. «Yo (dice Pedro de Valencia), cuando oigo atribuir á hombres verdaderamente ilustres opiniones de todo punto ridículas, irracionales y contrarias á todo buen sentido, en vez de burlarme de la pobre razón humana, lo que hago es resistirme á creer que estén fielmente expuestas é interpretadas tales como ellos las profesaron, pues ¿cómo es posible que un absurdo que salta á los ojos de mi cortísimo entendimiento, haya podido ser enseñado, después de larga meditación, por hombres tan grandes?» (1). Guiado

(1) *Quæ ideo scripsimus ut exemplo sint quam non sint antiquorum philosophorum dogmata ex adversariorum dictis æstimanda. Atque ego quidem quum illustrium quondam virorum absurda quædam decreta, et præter communem omnium sensum narrari et exhiberi audio; adduci*

por este criterio tan sano y tan firme, fué el primero que borró de la historia de la filosofía infinitas patrañas, atribuidas no sólo á los académicos, sino á los epicúreos y á los estoicos. Para él, antes de juzgar una doctrina filosófica, había que remontarse á las fuentes, *ex ipsis primis fontibus*, y no en otra lengua que en la suya propia, puesto que de los traductores latinos, especialmente del de Sexto Empírico, se muestra muy poco satisfecho.

No sería imposible encontrar otros vestigios de criticismo ó de escepticismo, si penetráramos en nuestra filosofía del siglo XVII, poco ó nada estudiada hasta hoy, decadente, sin duda alguna, respecto de la del siglo anterior, pero no enteramente infecunda ni falta de originalidad, especialmente en sus moralistas. Que no faltaron en aquella centuria quienes discutiesen de un modo ó de otro las bases de la

non possum, ut credam fideliter, et uti ab illis sentiebantur et docebantur, relata et interpretata: qui enim ego nullius ingenii homo illorum absurditatem e vestigio pervideam, illi multo ingenio meditata ridicula tandem protulerint? (Academica, sive de iudicio erga verum, ex ipsis primis fontibus, opera Petri Valentiaë Zafrensis in Extrema Bætica. Antuerpiæ, ex officina Plantiniana, apud viduam et Joannem Moretum, M.D.XCVI, 8.º)

(Reimpreso en los *Clarorum Hispanorum Opuscula Selecta et Rariora*, de Cerdá y Rico, Madrid, 1781, y también en varias ediciones de Cicerón, especialmente en la del abate Olivet y en la nuestra de la Imprenta Real.)